

cilmente, que los grandes ingenios, y hombres grandes tienen mas violentas, y esforzadas pasiones, los de pequeño genio las tienen mas endebles, y los necios, é ignorantes casi no las tienen. El que no tiene las pasiones vivas, poco promete de sí mismo; pero feliz el que teniendo las vivas sabe refrenarlas, y domarlas para que sirvan solamente á las obras de virtud, y obedezcan á la recta razon, y que no sean como caballos sin freno, que los arrastren al precipicio. El temperamento, la educacion, y la costumbre pueden darnos, y acrecentar, ó disminuir la fuerza de estas internas conmociones; pero la razon es la que principalmente tiene por oficio el corregir, y poner orden en todo. Este es el grande estudio á que ordinariamente piensan poco, y se aplican menos los mas de los mortales, siendo el mas importante, y necesario que tiene el hombre para regular sabiamente el curso de la presente vida, y esperar á su tiempo otra mas feliz, y eterna. Ved como la ira precipita á algunos hasta hacerlos perder los amigos, la hacienda, y aun la propia vida. Otros dexan que una perversa envidia les coma, y despedace sus entrañas, y que haga lo mismo un odio permanente, y obstinado. Vemos á otros, que por un desarreglado amor sensual estan siempre como frenéticos, y fuera de sí: otros se dexan vencer de la tristeza, melancolía, y dolor: muchos hay á quienes arrebatá la intrepidez, el atrevimiento, el miedo, la alegría, &c. Es necesario el poner un buen freno al primer motor de estas pasiones, y afectos, que es nuestro amor propio, padre de todos nuestros viciosos apetitos, y consiguientemente de nuestras mismas pasiones. De este importantísimo punto trataremos mas abaxo, teniendo entre tanto por cierto, que el que sabe contener, y reprimir sus apetitos, y pasiones, que es en lo que consisten las virtudes principales del hombre, á este le servirán, y obedecerán, como siervos útiles. Pero antes que hablemos de esto, conviene el declarar qué es lo que pretendemos, ó deseamos en este mundo.

CA-

## CAPITULO XXI.

*Qual sea la felicidad que puede esperar el hombre en este mundo, y que esta propiamente debe colocarse en la tranquilidad del ánimo.*

## §. I.

SUpuesto que todos, por un impulso interno de la naturaleza, deseamos incesantemente ser bienaventurados, y felices, como ya lo tenemos insinuado, y lo repetiremos muchas veces: es necesario explicar ahora qual sea la felicidad á que podemos aspirar viviendo en la tierra. La felicidad una es perfecta, y otra imperfecta. Por la primera entendemos una exención, ó exclusion de todos los males, y un conjunto, y posesion de todos los bienes; de manera, que si faltase uno de estos, ó si se padeciese uno de aquellos, no puede llamarse con razon perfecta felicidad. Esta, pues, que los míseros mortales apenas llegamos á conocerla, quanto menos á gozarla, sabemos con todo que la Omnipotencia Divina puede disponerla, y formarla; y de hecho creó lo que nos asegura su santa Ley; esto es, que desde el principio del mundo la tiene preparada, y dispuesta en su Celestial Reyno, y la promete amorosa, y benignamente á qualquiera que en esta vida observe con fidelidad los preceptos de su santa Ley. Esta felicidad perfecta no puede conseguirla nuestra alma mientras durase la union con el cuerpo en esta vida. Con todo, despues que la misma naturaleza infundió en nosotros mismos nuestro amor propio, nos incita continuamente á desear este conjunto de bienes, y esta exención de todos los males. Aun quando sea muy considerable la porcion de bienes, así de fortuna, como de cuerpo, y alma, que nos pueda tocar acá abaxo en la tierra, nada nos aquietá, nada nos sacia. El fin de un deseo es principio de

otro:

otro: ni aquí jamás tenemos, ni lograremos quietud, ni descanso, hasta tanto que lleguemos á gozar un bien inmenso, y perfecto, y que dure por toda la eternidad; esto es, á Dios, como nuestro último fin. Y no habiendo ni aun apariencia de poder conseguir en este mundo la perfecta bienaventuranza (no obstante que hácia ella infunde Dios tan vehementes deseos en nuestra alma), resulta que estos mismos deseos, y la misma imposibilidad de lograrlos, son indicio claro de que hay otro mundo, en el qual debemos esperar el cumplimiento gustoso de nuestros deseos.

## §. II.

**R**esta, pues, que la felicidad imperfecta solamente sea la que pueda lograr el hombre en esta vida. Atendiendo á las leyes con que Dios, despues de la desobediencia del primer Padre, ha querido que se formen sus descendientes, es claro que cada uno de nosotros vive sujeto á una casi infinita tropa de males, así de cuerpo, como del ánimo. Muchísimos de ellos compramos nosotros mismos á dinero contante, como suele decirse, con nuestra perversa voluntad, con nuestra imprudencia, é ignorancia, y con nuestros vicios. Otros muchos que provienen de la constitucion del mundo, ó nos acometen ellos, ó nos los hace padecer la perversidad de otros, y la continua guerra de los deseos humanos tan discordes entre sí, como son la pobreza, las guerras, los terremotos, pestilencias, esterilidades, y otros que producen las mismas estaciones, los animales irracionales, las enfermedades, y otros accidentes. Sería largo el catálogo, si quisiésemos referir todo quanto en este mundo puede causarnos molestia, y daño, ó por culpa de otros, ó por la nuestra, ó por la varia oposicion de los cuerpos, ó por otras causas; desgracias todas, que acaban últimamente en el extremo que se llama muerte. Habitan todos estos males en este mundo, como en su país propio, reynando en las casas de los pobres, y extendiendo su jurisdiccion aun hasta los Palacios de los

ricos, y grandes; de manera, que todos, tarde, ó temprano, de un modo, ó de otro han de beber este caliz amargo. Por tanto, la felicidad del mundo presente jamás se encuentra libre de algun mal, y por tanto, ni puede ser perfecta, ni de mucha duracion. Qualquiera Filósofo por sabio que fuese, que se lisonjeara de poderla definir, sería un loco, ó un visionario. Pero el que cree como creen los verdaderos, y sabios christianos que no tienen en el mundo una Ciudad, y habitacion permanente, sino es que todos estan en viage, y peregrinacion hácia otro país, adonde se ha de hacer preciso tránsito por la terrena muerte: estos, digo, no trabajarán mucho para entender la causa, y motivo, por que el justo Dios ha permitido, y permite en este mundo tantos males como experimentamos en nosotros mismos, ó vemos padecer á otros. Los permite su Magestad para que contemplando nosotros el poco capital que puede hacerse de este mundo, y de todos sus bienes, y placeres, que ademas de ser siempre breves, y caducos, jamás son puros, ni perfectos, y conociendo que no debemos esperar aquí una seria, y permanenté felicidad, volvamos los ojos de nuestro entendimiento, y dirijamos nuestros pensamientos, y deseos á procurar, y conseguir aquella otra bienaventuranza eterna, y perfecta, que poco ha dexamos insinuada. Aquel es el país para que fuimos criados: aquel nuestro bienaventurado fin; y no puede llamarse Filósofo sabio, y verdadero aquel que buscando únicamente la felicidad que la tierra puede dar de sí, no aprecia la otra, que en el solo Reyno de Dios nos está reservada. No porque desdiga á los mortales, ó no les sea lícito el buscar la felicidad, aun en el presente mundo; pues el procurar esto conviene tambien á un sabio Filósofo, con tal que siempre tenga presente, que la tierra no es, ni será jamás país destinado á los gozos, y alegrías, ni la patria de los perfectos bienes. La felicidad de que somos capaces viviendo en este mundo, puede ciertamente abrazar muchos bienes;

nes; pero no podrá jamás excluir todos los males, antes bien ordinariamente será mas fecunda de estos últimos, que de aquellos primeros. Demasiado soberbios, y de consiguiente ridículos eran los Estoicos, que prometían una vida bienaventurada á sus discípulos; pero en aquel país donde esta no se puede encontrar: los enseñaban asimismo á despreciar los males, y poco menos que á reirse de ellos; pero quando actualmente les asaltaban, conocían ellos mismos la gran diferencia que hay entre el experimentar, y probar una furiosa tempestad, estando á bordo de un navío, y el hablar de aquel peligro, hallándose seguros en el puerto.

## §. III.

**D**igamoslo claro: aun en el mundo se puede vivir, y ser feliz en cierto modo, pues no faltan muchos bienes hechos para el hombre, mientras aquí vive; pero es necesario prepararse para no juzgar que son perpetuos estos bienes: es necesario esperarlos mezclados, ó interrumpidos tarde, ó temprano, con muchos males, ó morales, ó físicos: de manera, que el que menos padece, y prueba de estos en la vida presente, puede pretender ser mas feliz, y estar mejor que los otros que padecen mas. Por tanto, aunque los maestros de la Filosofía Moral parezca que prometen la felicidad á quien practique sus documentos (esto es, al que se entregue al amor, y práctica de las virtudes), todavía no se ha de tomar rigurosamente esta promesa, y conviene reducirla á una medida discreta. Es cierto que el objeto, y fin de la virtud es hacer al hombre feliz, y de consiguiente ella es el camino que todo hombre juicioso preferirá á qualquiera otro, tanto por los relevantes motivos que despues propondremos, quanto por el deseo de estar bien en este, y en el otro mundo. Pero no basta la virtud para defender al hombre en esta vida de varios desastres, de la pobreza, ni de las enfermedades; porque la virtud no lo hace invulnerable, no tiene impe-

perio sobre las estaciones del tiempo, ni fuerza para apartar las calamidades, ó públicas, ó privadas, á que está sujeto no menos el hombre perverso, que el honesto, y honrado; y así como no puede impedir, que cayga sobre sí ya una, ya otra de estas desgracias, así tampoco puede hacer por lo comun, que no sienta el peso, y pruebe el dolor, que ellas ocasionan. Esto supuesto saquemos de nuevo á plaza la sentencia de Epicuro, de que hicimos mención en el Capítulo XIII, el qual enseñó que el deleyte, ó placer es el fin, y término de la vida feliz. De hecho, pretende este Filósofo, que el bien produce, y es causa del placer; y consiendiendo la felicidad en no tener males, y en poseer los bienes, de consiguiente parece que Epicuro acertó en esto: con todo eso muchos antiguos Filósofos reprobaron esta opinion de Epicuro; y aunque parezca que Diógenes Laercio, Gasendo, y algunos otros han defendido suficientemente á este Filósofo, manifestando que fueron virtuosas sus costumbres, y sana su doctrina, pues aunque él alabó los placeres, y deleytes, fueron solos los placeres honestos, y del alma, pero no los del cuerpo (que son los que propuso por fin del hombre el mas bestia que Filósofo Aristipo), con todo eso puede decirse poco sana, ó á lo menos peligrosa semejante doctrina. Primeramente usamos por lo comun del nombre de deleyte, ó placer para significar algun movimiento deleytable, y gustoso de nuestra alma, ó bien nazca en ella de la reflexión, y de pensamientos agradables, ó bien provenga de los cuerpos por alguna sensacion de un objeto que excita en el entendimiento del hombre algun gusto, ó deleyte. Esto supuesto, es necesario observar, que aunque por una parte subsista la sentencia de Epicuro, pues no puede negarse que siempre que el hombre siente en sí algun gusto, y placer no sea en alguna manera feliz, y quanto mayor es la porcion del placer, tanto es mas grande entonces su felicidad; con todo eso es muy verdadero que por otra parte no es la mas segura, y refi-

nada esta doctrina Epicurea; porque á la verdad hay bienes, y gustos, que no solamente no hacen feliz al hombre, antes bien lo hacen infeliz, y miserable. De esta casta son los bienes que llamamos útiles, y deleytables, principalmente quando al mismo tiempo no son honestos; esto es, aprobados por las leyes de Dios, de la razon, y del gobierno civil. El obrar contra estas leyes suele traer consigo, tarde, ó temprano, castigos, y penas terribles puestas por Dios, y por los mismos hombres. Demos por cierto, que el adquirir, y poseer semejantes bienes engendra placer, y deleyte en los hombres, todavía quando á esta posesion, y gozo se siga, ó pueda seguir el dolor, y la miseria (como ordinariamente sucede), tendrá aquella accion el nombre de un bien util, ó deleytable: causará tambien placer, y gozo; pero al fin de la cuenta deberá llamarse mal verdadero, porque es causa, y origen de dolores, y disgustos. ¿Cómo podrémos llamar, ó dar el título de feliz á un ladrón, que tenga la bella suerte de robar la hacienda ajena con gusto, y utilidad propia, si la justicia le echa la mano, lo encierra en una carcel, y hace con él otros mas pesados juguetes? Hemos dicho ya, que los placeres son de dos maneras: unos puramente intelectuales, porque provienen del entendimiento solo, como es aquel que tiene el que se goza de hacer, ó haber hecho una accion virtuosa, ó de quien medita, y contempla en los bellísimos atributos de Dios, ó de quien estudia, y aprende cosas útiles, y agradables, ó de quien llega á lograr un puesto honorífico, ó una gruesa herencia, ó manda á los otros, ó últimamente adquiere amigos, y favorecedores muy autorizados: otros se llaman placeres sensuales, como el comer, y el beber, el oír música, el ver fábricas magníficas, y otros objetos placenteros, y nuevos, el deleytarse en pinturas, jardines, olores, y otras cosas, que mueven, y solicitan los sentidos exteriores del hombre. Los intelectuales, quando son honestos, pueden, generalmente hablando, producir un placer puro,

ro, y no mezclado despues con afanes, y dolores, quando con él no se acompañe el vicio, y no le inficione el veneno de perversas acciones. Estos placeres, y no los sensuales son los que va buscando, y de los que se enamora el hombre sabio. Mas por lo que toca á los otros, que experimenta el alma por medio de los sentidos, cierto es, que pueden ser inocentes muchos de ellos, y no dañar cosa alguna, ni al cuerpo, ni al alma, esto es, no causarles disgusto, ni dolor; pero entre estos contamos otros muchos, que son bienes, y placeres, pero traidores, porque suelen seguirse á ellos la infelicidad, y el arrepentimiento. De esta casta suelen ser muchas veces los placeres del gusto, y del tacto, á los quales es tan inclinada nuestra miserable naturaleza, y detras de los quales corren apresuradamente tantos hombres, que casi no tienen otro gusto que el que se proponen en semejantes placeres, que por ser comunes aun á las bestias, merecen el título de bestiales; si en estos faltase la honestidad, si no se toman con sabia moderacion, sin duda el fruto que se espera de ellos será muy amargo. Tantos enfermedades, y dolores como padece el cuerpo del hombre, el abreviársele la vida, el malgastar su hacienda, con otra lista, y catálogo de males, que acompañan la salud afligida, la pobreza, ó la reputacion perdida, nos obligan á confesar finalmente, que estos bienes, aunque deleytables, se pagan á precio muy caro, y nos llevan, no á la vida feliz, y dichosa, sino á la infeliz, y desdichada.

§. IV.  
**D**E aquí se infiere, que el decir así absolutamente que la humana felicidad consiste en el placer, sin distinguir de que placer se habla, debe tenerse por doctrina poco segura, y aun venenosa; la qual, aunque contenga alguna verdad, es falsa, mirada á buena luz. Ni es necesario mucho para conocer que todo aquel placer, del qual pueda despues resultar algun dolor, no conviene á la naturaleza de quien desea una felicidad durable,

y perfecta: y esto es tanto mas cierto, quanto por lo comun la molestia, y pena del dolor, y el mal, suele ser mayor, que no el deleyte, y gusto que dió el placer: fuera de que siendo imposible que el hombre, aun el mas adornado de virtudes, y bienes temporales, el mas respetado, y exento de los males todos, esté siempre en este movimiento actual de deleyte, y placer, antes bien no probándolo por lo comun, ó no reflexionando en su propia felicidad el que es feliz, de consiguiente no puede consistir la esencia de la felicidad en el placer, ó por lo menos en el placer actual; porque de otra manera el que es feliz, se hallaría siempre en un continuo movimiento de placer, y gusto. Añádase á esto, que es una felicidad rara el no sentir males, y disgustos, sin que sea necesario el que á esto se junte la posesion actual de los placeres. Por estos, y otros motivos hizo antiguamente, y aun hoy hace, una mala impresion en el corazon de los hombres el poner la felicidad en los gustos, y deleytes; pues hallándose corrompido por lo comun el corazon del hombre, aun sin maestro que se lo enseñe, está inclinado, é incitado naturalmente á procurarse, donde quiera que se hallen, los gustos, y los placeres. Es cierto que aun los mismos Filósofos Gentiles al oír que Epicuro ensalzaba, y acreditaba tanto los placeres, y gustos, como único objeto de los deseos humanos, se estremecian, conociendo á quantas miserias suele conducir facilmente el amor, y deseo de los placeres, y gustos; y por tanto los Estoicos principalmente, que eran de opinion, y doctrina rígida, declamaron contra esta sentencia Epicurea. Por otra parte el Pueblo ignorante de aquellos tiempos, y aun algunos de los doctos, oyendo que aquel Filósofo insigné peroraba á favor de los placeres, baxo cuyo nombre se comprehende tambien el deleyte corporal, se animaron, sin reparar en otra cosa, para conseguir toda posible delectacion corporea, como que Epicuro autorizaba con su doctrina la mayor licencia, y cuidado en procurarse todo pla-

placer, y gusto. Por esto hasta el mismo Horacio, Poeta muy nombrado en aquellos tiempos, y discípulo muy tenaz de la doctrina de aquel Filósofo, se llama á sí mismo uno de los puercos bien gordos de la manada de Epicuro.

*Me pinguem, & nitidum benè curata cute vises,  
quum ridere voles, Epicuri de grege porcum.*

Me ves gordo, lucido, y bien curado:  
si al verme así te ries, me figuro,  
que me tienes por puerco de Epicuro.

Por este motivo Ciceron, juntamente con otros, nos describen, y pintan con malos colores la doctrina de Epicuro, y sus sequaces. Y si Diógenes Lacercio se empeña en defender que el mismo Epicuro condenó los deleytes sensuales, y colocó la felicidad en el placer intelectual solamente, ó si en el corporeo tambien, en aquel que fuese moderado, é inocente, con todo, sus discípulos no fueron de este mismo dictamen.

## §. V.

**D**Ebe tambien reflexionarse que el mismo Filósofo Epicuro persuadía el amor de la soledad, y retiro, y el estar apartado de las dignidades, de los públicos empleos, y en cierta manera del mundo; todo esto á fin de huir, y excusar lo que puede ocasionar aun el menor fastidio á nuestro ánimo, y molestas sensaciones á nuestro cuerpo; cuya doctrina es una consecuencia de su sistema, el qual establece por fin último de la felicidad el deleyte, y el placer. Pero á mí me parece poder decir, que esta Filosofía no es aquella que nosotros buscamos, y deseamos por ahora. Esta debe ser un remedio, y un auxilio, ó socorro á todo aquel que pueda aprehender, y quiera practicar sus documentos, y ha de servir á toda clase de personas que quieran vivir honestamente en el mundo, quando aquella de Epicuro debe confesarse estar hecha para pocos. ¿Quién no ve

que estan excluidos de ella todos los Príncipes, sus Ministros, y Magistrados, todos los Legistas, y Médicos, y todo el que quiera seguir la Milicia, y la Mercancia, y otros muchos estudios, y empleos, y aun hasta el que quiere casarse para tener hijos, siendo cierto que cada uno de estos diversos estados trae consigo por lo comun cuidados gravísimos? ¿Qué seria, pues, una República, si cada uno de ella apreciase, é hiciese caso de los consejos de este Filósofo, y renunciase todo empleo público, aborreciese la milicia, y el matrimonio, y pensase solo en pasar su vida en un retiro entre las flores de un jardín ameno, y oloroso, como lo practicaba el mismo Epicuro? Hácese de este modo mucho mas visible al hombre christiano la viciosa corrupcion de esta doctrina de Epicuro. No repugna ciertamente, antes pueden acordarse muy bien la sabiduría, y la soledad, no obstante que esta sea madre de malos humores, con tal que se elija para meditar en ella las nobilísimas máximas de la misma sabiduría, para huir los peligros del siglo, y para servir fielmente á Dios en justicia, y santidad: pero retirarse del mundo para buscar solamente una vida deliciosa, y delicada, enemiga de toda melancolía, y que no apetece otra cosa que contento, deleyte, y alegría, esto no conviene ciertamente á quien cree al Evangelio. Una tal vida no es vida de quien está persuadido, que el breve alojamiento sobre la tierra debe servir á la alma inmortal como de un campo de batalla, para merecer, y conseguir la felicidad eterna: y si algun Christiano se huyese al desierto, ó se encerrase en un claustro, con el fin solamente de evitar las fatigas, molestias, y cuidados del siglo, este tal, ademas de no adelantar un paso, ni un punto de ganancia para la otra vida, mereceria el título de epicureo, de vil, y cobarde entre todos los demas hombres. Mas porque Epicuro tenia otras opiniones aun mas absurdas, no es maravilla que él fuese gran defensor de los actuales placeres, y gustos.

## §. VI.

LO que mas puede hacer á nuestro propósito es el haber enseñado en otra parte este mismo Filósofo, que la felicidad del hombre consiste en tener el cuerpo sano, y el ánimo tranquilo, el primero sin dolores, el segundo sin molestias, é inquietudes. ¡O, esta sí que es doctrina sana, y laudable! porque ¿quién jamas puede estar contento razonablemente, y llamarse feliz mientras su cuerpo le hace guerra, y su ánimo se ve agitado de una tempestad furiosa? Al contrario, consideradas todas las cosas, lo que únicamente puede hacer feliz al hombre en esta vida es el que esten en calma y quietud, en quanto sea posible, las dos substancias, que constituyen al hombre. Acaso parecerá que la parte que toca á la sanidad del cuerpo, bien que pertenezca á la perfeccion de la felicidad, no deba con todo llamarse propiamente objeto de la Filosofía Moral; y esto no por otra razon, sino porque la Filosofía con todos sus preceptos, é instrucciones, no puede hacer que recobre la salud, si se ha perdido, y que continuemos en ella, pues para esto no hay recetas en la Moral Filosofía: ni aun la misma Medicina basta, quando no hace de Médico la naturaleza. Uno de los ingredientes mas esenciales para la humana felicidad, es el tener que comer, beber, y vestir; pero no es oficio propio de la Filosofía el proveernos de estas cosas, ni puede libertar á sus Profesores de que padezcan estas necesidades, no siendo suficientes sus dogmas, y preceptos para hacer que un Filósofo no muera de hambre, de sed, ó de frio. Y aunque, como veremos despues, facilite esta Filosofía, y suministre un gran socorro á la humana naturaleza con enseñarnos la virtud de la templanza, que es una utilísima medicina para conservar la sanidad; con todo, es cosa cierta, que propiamente hablando, no pertenece á la Filosofía Moral aquella felicidad que mira á la parte corporea de nuestra salud, la que bien podemos

mos ingeniarnos á conservar, ó recuperar; pero no está en nuestra voluntad el lograr este bien. ¿Cuál, pues, será la felicidad que debemos esperar de esta Filosofía? Dos cosas la componen solamente; la sanidad, ó buena composición del ánimo, y su quietud, y tranquilidad. La primera consiste en saber discernir, y juzgar bien de todo aquello que concierne, y mira á nuestras acciones propias, para saber practicar las buenas, y huir las malas. La segunda en tener quieto el corazón, sin que le conturben las desordenadas pasiones, ni le agiten los impetuosos apetitos, todo pacífico, sin afanes, sin angustias, ni congojas; porque solamente desea el obrar bien, libre de los remordimientos de haber obrado mal, y porque se halla provisto de constante paciencia para soportar las adversidades, y trabajos de esta vida. Ved aquí el gran secreto de nuestra Filosofía, y ved también la felicidad á que podemos aspirar en esta terrena habitación: para conseguir esta, debemos trabajar quanto podamos. A esta especie de felicidad, que puede lograr el hombre en esta vida, y que depende de él mismo el alcanzarla, puede juntarse de quando en quando el gozo, y posesion de otros honestos placeres, ó corporales, ó intelectuales, que aumenten esta felicidad; pero estos placeres pasajeros, y casi momentaneos, serán como una añadidura; pero no el constitutivo esencial de la felicidad permanente, y verdadera, que buscamos ahora; pues esta consiste únicamente en la buena disposición, quietud, y tranquilidad de ánimo: siendo cierto, que despues que un hombre viviendo en este mundo no siente cuidados, ni pensamientos que le acongojen, y mortifiquen, despues que no tiene deseos, ni pasiones que le inquieten, y conturben, antes bien en su interior se halla contento, y gozoso en aquel estado en que Dios le ha puesto, este puede decir que ha llegado á tocar aquel punto de felicidad á que tantos aspiran con grande estudio, y atención, y que muchos aun no han podido alcanzar; y quando esta faltase, mal podrá llama-

mar-

marse feliz en este mundo un hijo de Adán. Deseo yo ahora que se estampe en el corazón de mis lectores esta doctrina, esto es, la que enseña que la felicidad substancial, y asequible mientras viva el hombre en este mundo, no consiste en el deleyte, y placer, sino en la tranquilidad del ánimo, y en tener quieto su corazón; porque todos los medios que yo propondré de aquí adelante, no se dirigirán á otro fin, que al de hacer ver al hombre sabio esta bella, y apetecible disposición para que en esta vida sea feliz.

## §. VII.

Entre tanto debe observarse atentamente, cuán diversa es por lo comun la opinión de los mortales sobre este punto; esto es, sobre la felicidad verdadera, y en lo que consista, mientras viven en la tierra. Preguntad á la mayor parte de los hombres; qué es lo que se necesita para vivir, y ser felices? Salud perfecta, riquezas, abundante mesa, alegres amigos, gustosas diversiones, mandar á otros, &c. Ninguno se acuerda de entrar en lista la probidad, la templanza, &c. Todos sus discursos, y razonamientos se dirigen á la vida regalona; pero de la buena no se habla palabra. Por esto los vereis á todos afanarse para conseguir altos puestos, encumbrados honores, y eminentes dignidades: en adquirir fama, y gloria, en amontonar hacienda, en discurrir cada instante nuevos géneros de gustos, y placeres, y especialmente corporales, en buscar modos, y medios para mandar, y señorearse de los otros; y finalmente en desear con ansia, y correr tras los bienes de fortuna. Todo esto sucede porque se figuran, y persuaden que la bienaventuranza, que puede lograrse en esta vida solamente se halla en el actual placer, ó en la posesion de estos bienes sensitivos, de donde puede originarse, y provenir el placer; pero proseguid á preguntar; cómo tienen estos su corazón? ¿Por ventura se halla siempre en calma, y quietud, ó muchas veces agita-

ta-

tado de una fiera tempestad? La experiencia quotidiana nos pone á los ojos el desengaño, y acaso lo probamos en nosotros mismos. No se consigue ciertamente con esto solo la alegría, quietud, y tranquilidad del ánimo, ó por lo menos una alegría permanente no vive en compañía de todos estos bienes en el corazón del hombre. Grandes afanes cuesta el desear lo que nos falta, y no podemos conseguir: mayores fatigas padecen por lo común otros muchos hombres, quando quieren lograr puestos, riquezas, dignidades, y señoríos. Despues que se han logrado estos bienes, no parecen ya aquellos mismos que con tanta ansia se deseaban. La costumbre de poseerlos es un encanto perpetuo, que no nos dexa gozar lo exquisito, y dulce de tantos objetos, que antes de conseguirlos hacian una fuerte impresion en nuestra fantasía; y un solo bien que nos falte de aquellos que deseamos, y no podemos conseguir, tiene fuerza bastante para llenar de acibar el gusto, y placer de los otros que poseemos; fuera de que, abunde quanto quiera el hombre de Principados, dignidades, hacienda, gobiernos, y demas comodidades: sea privilegiado, y logre segun sus deseos todos los bienes terrenos; estos mismos bienes, ó verdaderos, ó tenidos por tales, jamas se hallarán sin muchas, y agudas espinas, dolores, y tormentos, que causan el adquirirlos, el manejarlos, y el conservarlos: acaso tambien serán incentivos de muchos vicios, y raiz de muchos pecados, y de consiguiente causas de mayores miserias, y penalidades. Vemos ciertamente, y no rara vez, que el disgusto, los zelos, las rabias, las ansias, y las angustias, mas presto se albergan en las casas de los poderosos, y ricos, que no en las cabañas, y chozas de los pobres. Muéstrenos uno solo de estos poderosos, que esté libre de miserias semejantes, solo porque se halla en puestos eminentes, y posee muchos bienes. *La gran fortuna es una gran servidumbre*, como sabiamente lo dixo Publio Mimo: *Fortuna magna, magna servitus.*

§. VIII.

§. VIII.

**A**Ntes bien por ser mayor la delicadeza, y muchas veces la soberbia de los grandes señores, les es mas sensible por esto mismo aun la mas leve molestia, y pequeño trabajo. Júntese á esto, que ninguno de los bienes temporales puede llamarse propiamente nuestro. Los tenemos como de prestado, supuesto que la fortuna, ó por mejor decir la Divina Providencia, que nos los ha dado, puede facilmente privarnos de ellos. Y para que uno pueda llamarse verdaderamente contento, y feliz, no bastan pocos dias, meses, ó años de prosperidad; es necesario hacer la cuenta con todo el curso, ó carrera de la vida. Acaso pasarán con serenidad la mañana, ó el medio dia, pero la noche será obscura, y tempestuosa. No por esto se debe decir, que quando el corazón se esperece, y explaya en alegría por algun placer actual, no debe llamarse feliz el ánimo en aquel instante; pero tampoco se debe negar, que aquel placer actual no es un constitutivo necesario para la felicidad de este mundo; porque no es posible que el ánimo, en esta vida, esté siempre en actual movimiento de delectacion, y gusto, antes por lo común ni siente deleyte, ni reflexiona si actualmente lo siente; y no obstante esto, puede el hombre tener motivo para llamarse feliz viviendo: fuera de que el carecer de males es una felicidad no pequeña; y los placeres que llamamos corporeos, esto es, los que por medio de los sentidos inducen á nuestra alma, y excitan en ella un movimiento de alegría, tienen esta particularidad, que muy continuados causan fastidio, y por esta razon dexan el sér de gusto, y placer. Finalmente nosotros buscamos una felicidad que el tenerla, y el perderla dependa de nuestra voluntad propia; una felicidad que sea durable, y pueda acompañarnos hasta la muerte. Las riquezas, los mandos, los puestos honoríficos son bienes inciertos, sujetos á las veleidades, y caprichos de la que llaman fortuna, esto es, á va-



rios accidentes que ocurren en el mundo: y si nosotros colocásemos nuestra felicidad en estos bienes caducos, y perecederos, la pondríamos sin duda en una cosa que no es nuestra: por lo que consiguientemente necesitamos buscar otra basa, y fundamento mas permanente, y firme, sobre el qual, tanto los pequeños, como los grandes, á proporcion del estado en que se hallan, puedan fundar su felicidad permanente, y propia. El mismo Epicuro conoció esta necesidad, y finalmente se reduxo á constituir la felicidad propia en la sola indolencia, esto es, en tener el ánimo dispuesto, y compuesto de tal modo que en él reyne la paz, no sintiendo afan, ni dolor alguno, que le tenga conturbado, é inquieto. Mudemos ahora el nombre á esta indolencia, llamándola tranquilidad de ánimo, y tendremos aquella felicidad, si no completa, y perfecta, á lo menos envidiable, y permanente, á la qual debe caminar, y puede aspirar el hombre sabio, habitador de este baxo mundo. Esta tal qual felicidad en vano se espera de los Principados, de la nobleza, riquezas, puestos honoríficos, ni dignidades muy eminentes: y si por ventura la encontrásemos en quien goza estos bienes de la fortuna, ó frutos de su industria propia, no la producirán semejantes bienes, sino que será efecto de otra causa de que vamos á hablar ahora.

## CAPITULO XXII.

*De los medios con que puede conseguirse la felicidad de que es capaz el hombre sobre la tierra, esto es, de la virtud.*

### §. I.

SI los cetros, y las coronas, las mas luminosas dignidades, la abundancia del oro, hacienda, y rentas pingües no son bastantes para plantar, y mantener en el

co-

corazon del hombre la tranquilidad del ánimo: ¿quál será el medio para conseguir un bien tan grande, y deseado? Las Escuelas de los Filósofos, y la christiana sobre todas ellas (no exceptuando al mismo Epicuro, que vá concorde con todas en esto), alzan el grito, asegurando que la sola virtud del ánimo es la que puede tranquilizar el corazon humano en quanto alcanza la condicion de su naturaleza. A fin de probar, y experimentar esta calma, y quietud en nosotros mismos, es necesario en primer lugar tener por amigo á Dios, perteneciendo solamente á la virtud el procurar, y conservar en el hombre un bien tan grande, que es el mas importante, y esencial de la felicidad, y vida de quien habita sobre la tierra. En segundo lugar, se debe procurar tener por amigos, ó á lo menos no por enemigos á los demas hombres, y para esto ayuda tambien conocidamente el ejercicio de las virtudes. En tercer lugar, es necesario regular, y refrenar sabia, y constantemente no menos nuestros apetitos, que nuestras pasiones, y este tambien es oficio de la virtud. Finalmente conviene desterrar de nosotros aquellas falsas opiniones, de que puede resultar en el corazon aun una leve, quanto mas una grave, y tumultuaria conmocion; pero este remedio solamente debemos esperar de la sabiduria, virtud intelectual, y moral al mismo tiempo, no menos que de su hija la prudencia, que es la que gobierna, y dirige las virtudes morales. A proporcion, pues, de la mayor, ó menor sabiduria, y virtud que tenga el hombre, podrá participar mas, ó menos de aquella calma, y tranquilidad en que habemos dicho que consiste la felicidad que compete al hombre, que en el viage de esta vida es aún viandante. Y porque el hombre en qualquier estado que se halle, sea pobre, ó rico, noble, ó plebeyo, de alto, ó de baxo empleo, ú oficio, dentro, ó fuera del estrépito del mundo, superior, ó súbdito, en todos estados, en fin, es capaz de adquirir, y poseer la virtud; por tanto, ved aquí el medio que ha destinado

do